

EXPOSICIÓN: ALEJANDRO CORUJEIRA
“Lo que crece y nos invita”

ORGANIZA: IVAM Institut Valencia d' Art Modern
10 abril – 7 mayo de 2006

PATROCINA. Bancaja

La exposición “Alejandro Corujeira. Lo que crece y nos invita” que acogerá la Sala de la Muralla del IVAM hasta el próximo 7 de mayo, reúne un total de 58 obras, 32 acrílicos sobre tela, 13 de técnica mixta sobre papel y 13 acuarelas sobre papel.

Entre las piezas más relevantes destacan *Prométeme un sueño, 2005, La Muralla, 2006*, realizado expresamente para la Sala de la Muralla del IVAM. Asimismo, ha realizado dos piezas para este espacio que estarán montadas al final de la sala, en la pared frontal *Un paisaje en tu mente, 2005* y *Solo en tu mente, 2006*, en el que ha incorporado elementos circulares en todo el espacio, y *El traslado de los sueños, 2005*, donde empezó a incorporar elementos circulares pero muy focalizados.

Con motivo de la muestra se publicará un completo catálogo con textos introductorios sobre las obras a cargo de Guillermo Solana y de Consuelo Císcar.

Alejandro Corujeira (Buenos Aires, 1961). El valor central de su pintura radica en el deseo de crear situaciones que pertenezcan exclusivamente al mundo de lo pictórico. Su obra estuvo muy marcada en un primer momento por la influencia de Torres García, al ser inherente a ella la necesidad de meditar y construir aproximándose a los principios arquitecturales de la poética de éste.

En 1991, Alejandro Corujeira se instala en Madrid, decantándose desde entonces por un lirismo cada vez más abierto, muy en la línea del paisajismo alegórico de Paul Celan. Con el tiempo esos elementos constructivos se retiran hacia el fondo, ocupando el primer plano elementos caligráficos propios de la serigrafía, junto con acotaciones orgánicas, vegetales y acuáticas que se transforman en volúmenes reales sobre el mismo lienzo. Goza del título de Artista Joven del Año, concedido por la Asociación Argentina de Críticos de Arte en 1998.

Galardonado con numerosos premios a nivel nacional e internacional, su obra está presente en numerosos museos y colecciones públicas del mundo: Colección Unión Fenosa (La Coruña), Museo de Arte Contemporáneo de Panamá, Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Sofía Imber, Fundación Coca-Cola (Madrid), IVAM (Valencia), MNCARS (Madrid), Colección Banco de España (Madrid), Museo Municipal de Madrid, Ministerio de Relaciones Exteriores de España (Madrid), Academia Española de Historia, Arqueología y Bellas Artes (Roma), Calcografía Nacional (Madrid), Museo Postal y Telegráfico (Madrid), Ayuntamiento de Zamora, Colección Todisa (Barcelona), etc.

Alejandro Corujeira ha pintado geometrías que, como él dice, aludían a “*mapas, cartas de navegación o imaginarios cuerpos celestes*”. Pero en los últimos años ha ido alejándose paulatinamente, casi sin sentir, de la matriz geométrica. Y el lugar al que ha llegado ahora es un mundo que él denomina, enigmáticamente, “*lo que crece y nos invita*”. Esa frase nombra todo lo que tiene vida. La mejor imagen de este paso se cifra

en esas obras recientes donde, sobre un criadero de cuerpos ovoides, se dibujan formas de silueta sinuosa, que evocan el lenguaje biomórfico de Arp, Miró o el último Kandinsky. Corujeira ha pasado del dominio del cuadrado a la silueta de la ameba.

Desde hace mucho tiempo, el artista ha pintado laberintos. Antes eran laberintos contruidos, con franjas paralelas y concéntricas, como castillos formados por una serie de murallas encajadas una dentro de otra. Ahora, en cambio, se trata de laberintos que crecen, laberintos vegetales como selvas o laberintos animales como hormigueros, que pertenecen al dominio de lo que pulula y prolifera, de la multiplicación asombrosa y un poco terrorífica de la vida.

El laberinto está emparentado con las cintas, las cuerdas, los lazos, las ataduras. En sus estudios sobre la mitología indoeuropea, Georges Dumézil distingue entre dos arquetipos divinos dependiendo de las armas que usan. Indra, en primer lugar, es el dios guerrero que maneja la espada y resuelve los nudos de un tajo. El dios Varuna, por otra parte, al que se representa con una cuerda en las manos, es el que ata, el maestro de los lazos, los nudos, con los cuales mantiene a los hombres sujetos a su tierra, a su tiempo, a su destino. La pintura de Alejandro Corujeira pertenece, sin duda, al dominio de Varuna.

Las cuerdas, los tentáculos y los cabellos serpentinos de Gorgona son instrumentos mágicos. Pueden servir para atar o desatar, para enredar o desenredar a las víctimas de los hechizos. Pueden ser armas de los poderes nefastos, pero también medios defensivos contra esos mismos poderes, contra los espíritus que acechan y contra la mirada maliciosa. En el antiguo Japón, los senderos de entrada a las viviendas se hacían quebrados, zigzagueantes, para extraviar a los demonios e impedirles el acceso a la casa. Al knotwork o trabajo de entrelazado de las iluminaciones célticas, como las del famoso Libro de Kells se le atribuían virtudes protectoras. Se supone que un espíritu maligno que se adentrara en sus senderos trenzados, superpuestos y enroscados sobre sí mismos se sentiría hipnotizado y mareado en sus vueltas y revueltas, perdiendo la voluntad o la capacidad para ejecutar sus designios malévolos.

“El espacio de mis pinturas, dice Alejandro Corujeira, trata de impedir la quietud en los ojos.” Lo que el pintor se propone es conducir la mirada por los trazos de la pintura, haciéndola girar y girar, volver sobre sus pasos, danzar al ritmo de su música. Porque toda mirada fija constituye una amenaza, el arma de la in-vidia, del deseo destructivo clavado en el campo del Otro. El propio Corujeira cita un pasaje de Lacan donde se menciona la “universalidad del mal de ojo”. Allí el psicoanalista afirma que “a quien va a ver su cuadro, el pintor le da algo que, al menos en gran parte de la pintura, podríamos resumir así, -¿quieres mirar? ¡pues aquí tienes, ve esto!-. El pintor invita a quien está ante el cuadro a deponer su mirada, como se deponen las armas. Este es el efecto pacificador, apolíneo, de la pintura.”

Como comenta el propio artista: “en el tránsito entre el lenguaje y lo que muda se instalan mis últimas obras. Por medio de constantes y sutiles modificaciones fui abandonando las geometrías que ya entonces aludían a mapas, cartas de navegación o imaginarios cuerpos celestes; para abrir un mundo que transcurre más allá de la voluntad: *lo que crece y nos invita*”.